
ORIGEN DE LOS REYES CRISTIANOS EN ESPAÑA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

Voy á detenerme, aunque muy brevemente, en algunas páginas gloriosas de la historia de España, para hablar de acontecimientos de grandísima trascendencia para esa nación, y que por lo mismo merecerían ser tratados mejor de lo que yo podré hacerlo. Sin embargo, á pesar de comprenderlo así, me creo obligada á presentar este trabajo para cumplir con un deber.

El siglo VII había expirado ya dejando al mundo por herencia una nueva religión, el Islamismo, que haría á un pueblo dueño de un vastísimo imperio, pero que al mismo tiempo sembraría el terror y el exterminio en aquellas naciones que no admitieran sus doctrinas.

Cuadrando muy bien los principios proclamados por Mahoma con el carácter, pasiones é ideales del ardiente pueblo árabe, estos principios tuvieron eco en su alma y desde entonces aparece como su más ardiente defensor. Animados por su entusiasmo religioso, los árabes se lanzaban á los combates sin temer á la muerte, tal vez deseándola, pues muriendo en la guerra santa iban á tener por esposas á las huríes, las de los grandes ojos, y á gozar de las delicias del Paraíso como lo prometía el Corán.

El siglo VIII comenzaba, y ya los árabes eran dueños de la Persia, la Siria, el Egipto y la Mauritania, y como si esto no fuera bastante, habían lanzado ya más de una codiciosa mirada á la tierra que los musulmanes del Africa veían tan cerca, separada sólo por una faja de agua.

Ya en la época de Wamba habían intentado apoderarse de la península, pero gracias á la energía de este monarca la flota sarracena había sido desbaratada, y en la época de que estamos hablando sus naves habían devastado las costas de Andalucía. Todo esto demostraba la codicia que había despertado en ellos la península. ¡Muy poco tiempo faltaba ya para que esta codicia fuera satisfecha! ¡El reino establecido allí, muy pronto se derrumbaría bajo el peso de su dominación! Los godos, dueños de esa tierra desde tres siglos antes, no podrían unirse para impedirlo, porque ellos mismos se despedazaban en discordias intestinas y los partidos que se habían formado no atenderían al peligro común que los amenazaba, entretenidos como estaban con la idea de la venganza. Pero no sólo no impedirían la entrada de los musulmanes, sino que cegados por sus pasiones políticas y no viendo más consecuencia que la caída de su contrario, uno de esos partidos les ayudaría á apoderarse de la patria. ¡Cómo pueden la ambición y la envidia apoderarse del hombre hasta hacerlo cometer el crimen más despreciable: la traición á su patria!

Una circunstancia favorable era lo que necesitaban los musulmanes para conquistar á España, y la fortuna se las depa-
ró. Los enemigos de Rodrigo, último rey de los godos, instaron á los sectarios de Mahoma á que invadieran la península y desposeyeran del trono á su rival, instancias que fueron secundadas por los judíos desterrados por el rey godo á tierras africanas.

El gobernador musulmán del Africa Occidental, Muza-ben-Noseir, no desechó sus proposiciones; bien al contrario, alistó un ejército formado de berberiscos y árabes, cuyo mando confirió á su teniente Tarik-ben-Zeyad el cual, después

de desembarcar en la península que llamaron *Algezirah* (isla verde) se atrincheró en el monte que hoy es Gibraltar.

Los cristianos, al mando de Teodomiro, jefe de Andalucía, habían querido detener á los musulmanes, pero habían sido vencidos, y aquéllos seguían difundiendo el terror por las tierras donde habían desembarcado, lo que dió lugar á que Teodomiro pidiera al rey su ayuda. Rodrigo logró reunir un ejército de noventa á cien mil hombres, con el que marchó al encuentro de Tarik que avanzaba también en sentido opuesto, y después de haber recibido un refuerzo de cinco mil ginetes africanos y de haber quemado sus naves para que sus soldados no tuvieran ni otra esperanza ni otra elección que la victoria ó la muerte.

Los dos ejércitos se encontraron por fin á orillas del Guadalete, cerca del lugar donde hoy está Jerez de la Frontera, en los últimos días del mes de Julio del año 711. Entonces tuvo lugar una reñidísima batalla que terminó con la completa derrota de los godos y la muerte de su mismo rey Rodrigo que sucumbió ahogado en las aguas del Guadalete y con una herida que le dió el mismo Tarik. Algún historiador afirma que Rodrigo se salvó y que pasó los últimos días de su vida haciendo penitencia en Lusitania, adonde dice que se había refugiado. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que el imperio godo sucumbía al fin, y los musulmanes podían añadir una más á sus ya numerosas conquistas.

Los vencedores después de este triunfo ocuparon todas las ciudades de España casi sin resistencia, pues los godos desmoralizados con la muerte de su rey se desordenaron llenos de pavor. Muchos de ellos sobrecogidos de espanto habían huído á refugiarse en las escabrosas montañas del Norte de España, llevándose consigo todos sus muebles, sus joyas y todas sus riquezas. Unos se refugiaron en la Septimania, otros en las asperezas de los Pirineos, en la Cantabria ó en Galicia; pero la mayor parte de los fugitivos se reunió en Asturias.

Este grupo de personas de todas las clases sociales era lo único que quedaba del antes esplendoroso reino godo; pero de este grupo surgiría una monarquía que alcanzaría más grandeza que la que antes había tenido.

Eran débiles, estaban sin ayuda, rodeados de enemigos, y á pesar de todo esto conservaban la esperanza de recobrar su nacionalidad. ¿Qué era lo que en momentos tan amargos los sostenía y les infundía esa esperanza? Su ciega fe religiosa y sobre todo su ardiente amor patrio. Sabían que su independencia había sido pisoteada y que se les quería arrancar sus creencias. Iban pues á luchar, no sólo por su patria sino también por su Dios, y la nobleza de la causa que defendían era lo que les daba valor; pero era preciso tener un caudillo que los guiara en la magna y ardua empresa que iban á poner en obra, y pronto encontraron lo que deseaban.

Se encontraba entre ellos un noble godo, descendiente del último rey Rodrigo, hijo de Favila, duque de Cantabria, y que había peleado heroicamente en la batalla del Guadalete. Era Pelayo, el gran patricio que lograría al fin devolverles los derechos que habían perdido.

Atendiendo á la nobleza de su alcurnia, al gran amor que por su patria sentía, á su pericia militar y á otras muchas circunstancias, fué proclamado jefe y capitán de aquel improvisado ejército que no poseía ni las armas, ni los elementos necesarios para lograr su objeto, pero que en cambio contaba con su exaltado patriotismo que lo haría invencible.

Habiendo aceptado cargo tan honroso, se apercibió desde luego á la resistencia, pues el walí El-Storr había mandado ya á su general Alkamah para que sujetara á los asturianos. Pelayo se retiró con sus soldados á una caverna llamada de Covadonga donde esperó la hora del combate. Llegado éste los sarracenos tuvieron que retirarse muy desanimados por las grandes pérdidas que habían sufrido, y teniendo que dejar á los cristianos en completa posesión de Asturias. Esta célebre batalla está envuelta en multitud de fábulas, casi to-

das inspiradas por el sentimiento religioso; pero haciendo á un lado todas ellas, lo único que se puede asegurar históricamente es el triunfo completo de los cristianos.

Estos, en el entusiasmo de la victoria, proclamaron rey á Pelayo, reinado que fué el principio de la monarquía de Asturias, ó más bien, de la monarquía española. Con un largo período de paz se fortaleció este pequeño reino y aquel á quien debía su existencia y que fué el que inició la independencia española, murió en Cangas el año 737. Casi todos sus sucesores en el trono se hacen notables por las guerras constantes que tienen que sostener con los musulmanes y por el aumento de territorio que va adquiriendo el reino. A principios del siglo X el nombre de reino de Asturias es sustituido por el de reino de León, por haberse establecido en dicho punto la capital.

La conducta de los asturianos es muy pronto imitada y se empiezan á formar entonces otros estados cristianos.

Ya á fines del siglo XI, el reino de Navarra empieza á adquirir extensión, importancia y celebridad, bajo la soberanía de Sancho Garcés que es el primero que toma el título de rey, y ya desde esta época sigue creciendo y robusteciéndose hasta ser uno de los más importantes. El origen y principio de este Estado es muy obscuro é incierto, y cuanto más se quiere descubrir, tantas más contradicciones y confusiones se presentan. Sin embargo, lo que parece más fundado es que se formó de una comarca llamada antes Vasconia y que estaba gobernada por condes, unas veces dependiente y otras separado del reino de Asturias.

Carlo Magno y su hijo Ludovico, á pesar de las derrotas que habían sufrido en España, pretendían todavía lograr su posesión. Vuelven con su ejército y vencen casi todas las ciudades fronterizas. Sólo el gobernador de Barcelona se resiste á entregar dicha ciudad, pero al fin después de porfiadas luchas tiene que rendirse y Barcelona queda en poder de Ludovico, rey de Aquitania é hijo, como ya dijimos, de Carlo-

Magno. Esta ciudad es gobernada por condes que nombra el monarca francés hasta el año 874, en que los catalanes levantan como conde independiente á Wifrido el Velloso, compatriota suyo, con lo que se forma un nuevo Estado soberano que contribuirá eficazmente á la obra de la restauración española.

En este mismo siglo aparece también ya independiente el condado de Castilla, formando otro nuevo Estado cristiano. Se dilató primeramente por la comarca que se extiende entre León y Navarra y estaba gobernada por condes que dependían del primero de estos reinos. Los monarcas leoneses cometían muchas arbitrariedades con los castellanos, lo que fué causa de que éstos fundaran una institución muy importante: la de los jueces, personajes que tenían la obligación de hacer justicia y proveer por sí mismos al gobierno del pueblo, y entre los que se cuentan como más notables Sain Calvo y Nuño Núñez Rasura. Poco después Castilla volvió á tener condes dependientes de León, hasta que á mediados del siglo X uno de estos condes, Fernán-González, se emancipa de la autoridad real y figura como el primer conde independiente. En el año 1035, y por la muerte de Sancho el Grande que ya había unido el Condado á su reino de Navarra, pasó á manos de Fernando I, hijo de aquel soberano, habiendo pasado, á contar de esta época, á la categoría de reino. Sucesivamente se unió y separó del reino de León, hasta que en el año 1230 y bajo el cetro de Fernando III, se unieron definitivamente los dos reinos para no volver á separarse. El reino que se formó con esta unión tomó el nombre de reino de Castilla á pesar de haber sido antes más importante el nombre de León.

A la muerte del rey de Navarra, Sancho el Grande, que ya hemos mencionado, una pequeña parte de territorio, atravesado por el río Aragón, fué dada á su hijo Ramiro, la cual formó otro pequeño Estado cristiano, que tomó su nombre de dicho río y que con el tiempo fué uno de los más importantes, no sólo de la península, sino de la Europa.

En el siglo XII encontramos también el principio de otro Estado que no contribuyó como los otros á la unificación de España, sino que al contrario, por cierto sentimiento de nacionalidad que siempre tuvo, luchó hasta lograr hacerse un reino enteramente independiente, independencia que una sola vez han podido arrebatarse los españoles y que supo recobrar con valor y conservar hasta hoy con sobrado patriotismo.

En el siglo X formaba un Condado dependiente de los reinos de León y de Castilla y que Alfonso VI dió al esposo de su hija Teresa. El sentimiento de nacionalidad de que hablaba yo antes, fué fomentado por este conde primero y por su viuda después, aprovechando los disturbios y revueltas de León y de Castilla. Alfonso Enríquez hizo con buen éxito la guerra á estos reinos y habiendo ganado en Ourique una batalla contra los moros, el pueblo entusiasmado lo proclamó rey en el mismo lugar.

El monarca de León protestó contra este hecho, pero algunos años después tuvo que reconocer á Alfonso Enríquez rey de Portugal, por medio de un tratado celebrado en Zamora, á condicion de que este último le rindiera vasallaje. Esta condicion se olvidó con el tiempo y Portugal constituyó desde entonces un reino independiente y con su gobierno propio.

Todos los reinos cristianos que se formaron y existieron en España y de los que he procurado dar á conocer su origen, constituyeron después, con excepción del de Portugal, como ya dije, una sola monarquía que en el siglo XVI se unificó completamente en manos de la reina Juana, hija de los ilustres reyes Católicos, monarquía que en este mismo siglo fué la más grande de Europa.

Nosotros, los mexicanos, al hablar de nuestra historia, tropezamos desde luego con dicha monarquía, que á pesar de habernos hecho víctimas de su tiranía en otro tiempo, hoy es

una de las naciones que mejor saben apreciar lo que vale nuestra adorada patria.

Si juzgamos á la nación española en el grupo de aventureros, de bandidos y ambiciosos que consumaron la conquista de México y que por su sed insaciable de oro cometieron las mayores infamias con los naturales, una oleada de odio se levanta en nuestro corazón y la indignación llena nuestro pecho; pero si la examinamos en otras épocas, por ejemplo, en la que á grandes rasgos he bosquejado en este trabajo, cuando unos cuantos cristianos luchan con los formidables ejércitos musulmanes, cuando este esforzado grupo funda un pequeño reino del cual surge con el tiempo la primera monarquía de Europa, cuando por el valor de sus hijos esta naciente nacionalidad logra que su territorio, formado solamente por las asperezas de unas montañas, se ensanche poco á poco hasta llegar á ocupar toda la península ibérica, entonces sentimos por ella admiración profunda y la saludamos con respeto.

En nuestra lucha con ella vencimos por el patriotismo de nuestros padres y de ello debemos enorgullecernos; pero no por eso debemos juzgar á España como cobarde y despreciable. Ella también tuvo sus luchas y cuando como nosotros vió asomar en su territorio la cabeza de víbora del conquistador, cuando vió diezmar sus poblaciones por la guerra, oyó también la misteriosa voz de la patria que la llamaba y corrió á defenderla y á salvarla.

Si recordamos, además, que ella nos legó su idioma, su religión, sus leyes, sus costumbres, su civilización toda, otro sentimiento nos embarga: la gratitud. Por eso, aunque hay por desgracia algunos mexicanos que aborrecen y desprecian á la España actual, recordando las infamias que la mayor parte de los españoles cometieron en la época colonial, nosotros debemos decir con uno de nuestros más inspirados poetas:

«Culparte en nuestro siglo, fuera mengua,
Venciste y nadie intentará culparte;
Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.»

México, Julio 15 de 1899.

HERMINIA SERRANO. •